

LA AZUCENA.

REVISTA QUINCENAL

DEDICADA A LOS AMANTES DE LAS CIENCIAS, LETRAS Y ARTES,

Y ESPECIALMENTE

AL BELLO SEXO.

Esta REVISTA se publica
los días 15 y último de cada mes.
Se remite á la Isla franco de porte.

DIRECTOR PROPIETARIO
DON ALEJANDRO TAPIA Y RIVERA.
S. Sebastian-75.
PUERTO-RICO.

Precio de la suscripcion.
12 rs. ctes. por trimestre adelantado.
Solo se admite suscripcion por trimetr.

LEONARDO EL COCHERO.

VELADA EN SIETE VIAJES POR PARIS.

SETIMO VIAJE.

*Despues de despertar—un paseo á Belle-ville el
Eliseo—Desenlace.*

(Conclusion.)

Su corazon hubiera debido palpar con una violenta emocion de terror; pero su pensamiento, durante este largo viaje, se habia gastado de tal manera, pensando en Leonardo, en el otro, en ella misma, que ahora vagaba á la aventura y apesar de la terrible situacion en que se encontraba en aquel momento, la pobre muchacha se acordaba especialmente de su pájaro, ahora sin abrigo, y que la tempestad mata-ria tal vez.

—¿Sabes, Julieta, le dijo Leonardo, para qué te he traído á este sitio?

—Sí, contestó ella, para matarme.

—Leonardo dió dos pasos atrás.

—¿Lo sabías?

—¡Me habeis amado demasiado, Leonardo, para perdonarme!

—¿Lo sabías, repitió él, y sin embargo has venido?

—Os he seguido.... ¿Qué me importa?... ¡Soy tan desgraciada!... ¿Qué me une á la vida?

La contempló un momento en la actitud en que estaba, sentada al pié del árbol, con los codos sobre las rodillas y las manos en la cabeza, tiritando de frio y de fiebre. Al verla tan resignada, tan humillada, tan abatida, un rayo de compasion penetró en su corazon; pero se extinguió al recuerdo del otro.

Escucha, continuó, tú misma has comprendido que despues de lo que ha pasado, no puedo dejarte vivir; eso sería consentir en tu vergüenza y en mi deshonor; porque ese hombre no se casará contigo. Sin duda, es ri-

co, orgulloso, vanidoso, ¿crees por ventura que tomará por mujer á la pupila de un co- chero? No, no, ¡tú no lo crees! ¿Te ha hablado de casamiento? Julieta hizo un signo negativo.

—¡Ya lo ves! Si te hubiera hablado hubiera mentido. Esas gentes nos roban nues- tras hijas, nuestras novias, para que sean sus queridas. ¿Qué sería ahora de tí? Ya no puedes permanecer conmigo, ¡irás pues á vi- vir con él en la infamia, en el lodo! hasta que algun dia, como tu pobre madre, con un niño en los brazos, tomes el camino del rio. Nó, ¡mejor es acabar de una vez! Pero, Julieta, tambien he tenido otro motivo para traerte aquí; porque en cualquiera otra parte podía... El cochero se limpió las gotas de sudor que caian de su frente mezcladas con la lluvia, y añadió: mira ese árbol.

Julieta volvió lentamente la cabeza y le- yó su nombre grabado en la corteza.

¡Ese es mi epitafio! dijo cerrando los ojos.

—¡Es el lema de mi antigua felicidad! exclamó Leonardo. Un dia... hace mucho tiempo de esto... eras pequeñita... vinimos aquí con mi pobre madre, y yo que solo pen- saba en tí, gravé tu nombre con la punta de este cuchillo.

Mientras hablaba habia sacado del bolsi- llo un cuchillo muy largo, y lo habia abierto.

Al ruido que hizo el muelle, Julieta se estremeció.

—No sé porqué, prosiguió, he querido volver á ver hoy este árbol, este nombre.

La voz de Leonardo era mas fuerte, mas conmovida.

—¡Me parecía que aquí tendría mas va- lor!... Sí, mas valor... mas motivo para aborrecerte... al considerar el tiempo que ha- ce que te amo... al pensar que este amor, es- ta abnegacion con que te he rodeado durante toda tu vida, lo has sacrificado en un dia, en un instante, no á un hombre, sino á un cata- lejo, á una barba puntiaguda, á un par de

guantes amarillos! ¡Oh! ¡no! ¡no! ¡no es un hombre el que desde ayer noche no se ha atrevido á venir á disputarme tu posesion, á arrancarte de mis garras! ¡Ha creído el miserable, el cobarde, que instintivamente volverías á buscarle! Pero no volverás, no te verá mas. Has dicho bien, Julieta, ese es tu epitafio, porque vas á morir... Sí, lo juro, y jamas he faltado á un juramento.

Leonardo estaba en este punto de su relacion cuando llegamos al palacio de justicia.

— Para concluir, en dos palabras, me dijo...

— No, repliqué yo, interrumpiéndole; no puedo dejarte ir; quiero saberlo todo. Y sacando el reloj, añadí: aún tenemos tiempo; necesito hacer una visita en la calle nueva de Saint-Paul, en el barrio del Arsenal....

Leonardo puso su caballo al trote, y prosiguió diciendo:

Tenía, pues, el cuchillo en la mano, blandiéndolo, y continuaba apostrofando á Julieta para excitar mas mi cólera; la había cogido por el brazo, é iba á herirla, cuando oí no lejos de nosotros ruido de pasos. Era un individuo que sin duda había buscado un abrigo entre los árboles durante la tempestad, y que habiendo cesado la lluvia, volvía á emprender su camino. Como se dirigía hácia nosotros, oculté mi navaja, y Julieta levantó la cabeza; y aunque podía escapárseme llamando en su ayuda al desconocido, no hizo el menor movimiento. Este pasó casi sin mirarnos, y despues... no sé... pero no es fácil volver á empezar una tarea semejante... no me atrevía á mirar á Julieta... estaba temblando. Para excitarme de nuevo principié á pensar en el otro, á decirme que él era quien debía morir. Esto tuvo bastante buen resultado; pero cuando tenía el brazo levantado, Julieta exclamó; “¡En nombre de vuestra madre! ¡todavía no, todavía no!” En sus palabras conocí que no pensaba en el otro, y sin saber lo que decía, añadí: ¿Qué es eso, te falta valor á tu vez?

— No, contestó ella, sé que he merecido la muerte y no debo sustraerme á ella. Os he hecho traicion, os he engañado á vos, mi padre, mi amigo, mi bienhechor! pero en nombre de toda esa ternura que habeis tenido por mí, os pido un dia de gracia, un solo dia, mañana estaré dispuesta, como lo estaba ántes.

— En la situacion en que se encontraba entonces, este arreglo me convenia. Volvimos á casa, y bien podeis figuraros que dia pasaríamos. A la noche me retiré para que pudiera dormir á su voluntad, cerrando su puerta y dejando la mia abierta. A la una de la mañana apercibí un rayo de luz por el hueco de la llave de su puerta, me acerqué de puntillas, y mirando por el ojo de la llave, vi que estaba escribiendo.

— ¡Bien! dije; le está escribiendo, la carta tendrá su nombre, no digamos nada. Volví á mi cuarto, y á pesar mio, el sueño me venció. Ya era de dia cuando me desperté y bien conocereis que no tendría las mismas ideas de la víspera; era menester tener el corazon muy seco y negro para vivir en su compañía veinte y cuatro horas con las mismas ideas. Pero mi odio era el mismo hácia el otro. Cuando entré en el cuarto de Julieta, la encontré levantada y esperándome.

— Antes de todo, le dije, quiero saber á quién has escrito anoche. La pobre muchacha empezó á temblar, lo que no le había sucedido en el Eliseo.

— Dejadme mi secreto, contestó; consiento en seguiros donde querais, en morir donde gustéis.

— Entretanto mi furor me cegaba, echaba espuma por la boca y rechinaba los dientes. A fin de encontrar la carta, eché por tierra todos los muebles, sus vestidos, hasta sus dibujos, y no hallándola, me imaginé que la tenía en el bolsillo y me dirigí hácia ella. Asustada al verme, se refugió en un rincon, y cogiéndola brutalmente por los brazos, se los sueté con una mano por la espalda, mientras que con la otra la registré y encontré un papel con estas palabras: “No acuseis á nadie; yo me he suicidado.”

— Cuando ella vió su intencion descubierta, ya no temió hacerme conocer lo demas, y me entregó aquella carta que con tanto afán había pedido; aquella carta estaba dirigida á mí.

— No la leais ahora, me dijo con su voz angelical; es menester que la encuentren aquí intacta. Para impedir que sospechen nada, me despido de vos y os doy parte de mi resolucion de terminar mi vida.

Hé aquí la razon, continuó Julieta, porque no quise morir ayer; ayer se reunian una porcion de circunstancias en contra vuestra; el cochero que os conocía, el encuentro de Jolivet, aquel hombre que pasó por junto á nosotros en el bosque. Afortunadamente he pensado en todo esto y hoy tomaremos mejor nuestras precauciones. Ahora, amigo mio, estoy pronta á seguiros.

— Mientras que me hablaba así, había yo permanecido con la boca abierta como un gamo que mira llover. Ella conoció lo que pasaba por dentro de mí y así no temió cogerme la mano y besármela, lo que me hizo derramar lágrimas como un chico. Esto me alivió y aún estaba sollozando cuando la puerta se abrió y entró un muchacho de corta edad, con librea. Era el lacayo del catalejo; pero aunque hubiera sido él en persona, creo que no le hubiera hecho nada. El lacayuelo había estado en la fábrica de porcelana donde no ha-

bía encontrado á Julieta, y estúpidamente venía á dar el recado de su amo. Empieza por anunciar á Julieta, que éste había estado malo de resultas de una caída; bien lo creo, yo le había ayudado.

No le dejé concluir, ¿cómo se llama tu amo? le pregunté con una voz terrible.

— Alfredo Delporte.

— ¡Delporte! ¿Es acaso de la familia de Mr. Durin-Delporte?

— Es su hijo.

— ¡Dios del cielo! ¿dónde vive?

— El padre?

— No, imbécil, el hijo.

Y me lancé como un loco por la escalera al oír esta respuesta:

— “Malecon de Malaguais núm. 15.”—

Qué podré añadir caballero; ví al jóven, ví al padre, recordé á éste que en otro tiempo le había salvado el honor trayéndole treinta y cinco billetes de á mil francos, cuya historia conoceis; conté francamente al primero todo lo que Julieta había sufrido por no exponerlo á mi furor. El jóven había heredado á un tío avariento; era rico, y no tenía intenciones de casarse muy pronto. Sin embargo fué el primero que se decidió y al fin y al postre, después de mil inconvenientes, de amenazas y de caricias, repitiendo al hijo que por poco mato á Julieta por su causa, y al padre que mataría á su hijo si Julieta no llegaba á ser su nuera, conseguí, no sin trabajo, ver la realización de este casamiento... ¿que será causa de mi desesperación eterna!

Concluida su relación, Leonardo se recostó en un rincón y volvió á tomar su aire taciturno y melancólico.

— Sin embargo, cuando volvimos al palacio de justicia, me dijo estas palabras:

— Mi amo, si teneis hoy que decidir acerca de la suerte de algun pobre diablo que haya cometido un crimen por un exceso de amor, acordaos de Leonardo y sed indulgente.

(Fin.)

CUENTO DE EDGARDO POE.

DOBLE ASESINATO.

(Continuación.)

No solo el cuello de la madre estaba cortado, sino que tenía la cabeza separada del cuerpo; el instrumento era una simple navaja de afeitar. Notad esa ferocidad *bestial*. No hablo de las magulladuras del cuerpo de la señora Espanaye. El médico Dumas, y su cofrade Etienne han afirmado que habían sido producidas por un instrumento contundente,

y no han dicho más que la verdad. Es probable que el tal instrumento fué el pavimento del patio, al cual ha caído la víctima desde la ventana que dá á la cama. Esta idea por mas sencilla que parezca ahora, ha escapado á la policía por la razón misma que le ha impedido notar la anchura de los postigos; porque gracias á la circunstancia de los clavos, su percepción estaba herméticamente cerrada á la idea de que las ventanas hubiesen podido ser abiertas nunca.

Si ahora, subsidiariamente habeis reflexionado acerca del desorden del cuarto, habremos adelantado lo bastante para combinar las ideas de una agilidad maravillosa, de una ferocidad *bestial*, de una carnicería sin motivo, de una *grotesquería* en lo horrible, absolutamente extraña á la humanidad, y de una voz, cuyo acento no conocen hombres de diferentes naciones, de una voz destituida de silabización distinta é inteligible. ¿Qué resulta para vos de todo esto? ¿Qué impresión ha causado en vos?

Cuando Dupin me dirigió esta pregunta, sentí correr por mis carnes un calofrío. — Un loco, dije, habrá cometido el crimen, un demente furioso escapado de alguna casa de curación de la vecindad.

— No andais desconcertado del todo, respondió, vuestra idea es casi aplicable; pero la voz de los locos, aun en sus mas salvajes paroxismos, no concuerda con lo que dicen de la voz extraña oída en la escalera. Los locos forman parte de cualquiera nación, y su lenguaje, por incoherente que sea en las palabras, es silabizado. Además, el pelo de un loco no se parece al que tengo ahora en la mano, y que he arrancado de entre los dedos rígidos y crispados de la señora Espanaye. Decidme si sois de mi opinión.

— Dupin, contesté, completamente trastornado, este pelo es muy extraordinario, no es pelo humano.

— No he afirmado que lo sea, me dijo; pero antes de decidirnos con respecto á este punto, deseo que echeis una mirada sobre el dibujo que he trazado en este pedazo de papel. Es un *fac-símile* que representa lo que algunas declaraciones llaman *magulladuras negras* y las profundas huellas de las uñas encontradas en el cuello de la señorita Espanaye, y que los Sres. Dumas y Etienne llaman *una serie de manchas lividas, causadas evidentemente por la impresión de los dedos*.

— Ya veis, prosiguió mi amigo, desarrollando el papel encima de la mesa, que este dibujo dá la idea de un puño sólido y firme. No aparece que los dedos hayan resbalado: cada uno de ellos ha conservado, tal vez hasta la muerte de la víctima, su presa, en la cual ha quedado amoldado. Ahora colocad vuestros

dedos al mismo tiempo, en cada señal análoga que veís aquí.

Traté de hacerlo, pero inútilmente.

— Es posible, dijo Dupin, que no hagamos este experimento de una manera decisiva. El papel está desplegado sobre una superficie plana, y la garganta es cilíndrica. Aquí teneis un cilindro de madera, cuya circunferencia es á corta diferencia la de un cuello. Estended el dibujo al rededor, y empezad de nuevo el experimento.

Obedecí; pero la dificultad fué aún mas evidente que la primera vez.

— Esta, dije, no es la huella de una mano humana.

— Ahora, dijo Dupin, leed este pasaje de Cuvier.

Era la historia minuciosa, anatómica y descriptiva del gran orangutan salvaje de las islas de la India oriental. No hay quien no conozca lo bastante la estatura gigantesca, la fuerza y agilidad prodigiosa, la ferocidad salvaje, y las facultades de imitación de este mamífero. Comprendí en seguida todo lo horrible del asesinato.

(Continuará.)

EXHUMACIONES !!

IMITACION.

Vestidos de luto,
Con ríjido aspecto,
Se ve á los dolientes
Llorar en silencio :
A un lado consultan
El juez y los médicos;
En tanto, fantasma
De fúnebre aspecto,
Se ve entre las tumbas,
El sepulturero.

Empieza la escena :
Tras los golpes secos
De ruda piqueta ;
La tumba, del centro
Con voz dolorida ;
Devuélvele un eco ;

Rompióse la losa,
Cesó el gran misterio ;
Las luces penetran ;
Y el aire va inquieto
A mover las frias
Cenizas del féretro.

¡ Hija de mi vida !
Sol de mi embeleso,
Deja que te mire
De nuevo un momento ;
Murmura una madre,
Lágrimas vertiendo,
Cayendo de hinojos,
Sobre aquellos restos ;

¡ Dios santo que horrible
Pavor hiela el pecho
La atroz calavera,
Dos cóncavos huecos,

Presenta horrorosa,
A su amor materno :

Y en vez de los ojos,
Dormidos y bellos,
Que allí se anidaron,
De amor embeleso ;
Gusanos roedores,
Los llenan infectos.

Un grito horroroso
De dolor acerbo,
Le arranca la triste
Verdad ; y en el suelo,
Cayó desmayada,
Sin vida ni aliento.

En tanto nurnaran,
Salmodias y rezos,
Por aquellas almas,
Que en la tierra fueron,
De aquellos mortales,
Corrompidos cuerpos.

Las trémulas voces,
En vago concierto,
Se elevan clamando,
Piedad al Eterno ;
Mientras va saliendo,
Fúnebre el cortejo.

A poco quedóse,
Sombrio y desierto,
Cual ántes el triste,
Solo cementerio :
Rodeado de sombras,
De paz, y silencio :

Y en vez de cenizas,
Despojos y huesos,
Quedaron tan solo,
Los horribles huecos,
Reclamando al mundo,
Víctimas de nuevo.

Marzo 31 de 1,875.

Fidela M. de Rodriguez.

CONVERSACION.

La tenaz sequedad de nuestros aljibes, amigos lectores, me trae de continuo á la memoria aquel soneto que cierto caballero de Santo Domingo, residente aquí, dirigía á una dama de aquella ciudad en el siglo 17, y que publicó Tapia en su *Biblioteca histórica* de esta isla. Tal vez muchos no conozcan la gráfica descripción, mas ó menos verídica, de nuestra capital, entónces en mantillas, que encierra el susodicho soneto y que no puedo menos de reproducir, si quier sea para dar pasto á la comenon que siento de comentarlo y de hacerlo servir como á manera de paralelo entre ámbas épocas. Dice así :

“Esta es, señora, una pequeña islilla
falta de bastimentos y dineros ;
andan los negros como en esa (1) en cueros
y hay mas gente en la cárcel de Sevilla.
Aquí están los blasones de Castilla
en pocas casas, muchos caballeros

(1) La ciudad de Santo Domingo.

todos tratantes en jengibre y cueros
los Mendozas, Guzmanes y el Padilla.

Hay agua en los aljibes, si ha llovido;
Iglesia Catedral, clérigos pocos;
hermosas damas, faltas de donaire.

La ambicion y la envidia aquí han nacido.

Mucho calor, y sombra de los cocos,
y es lo mejor de todo, un poco de aire."

Lo de *pequeña isilla*, tanto parece verdad
ahora como entónces; aunque habríamos podi-
do tratar de que la ciudad no fuese ni *isilla* ni
pequeña. Lo primero lo habríamos conseguido
con urbanizar las afueras de Puerta de tierra y
establecer un *tram-via* que extendiendo el casco
de la poblacion hasta Martín-Peña, sin las gran-
des soluciones de continuidad que hoy se ad-
vierten en el caserío esparcido hasta aquel pun-
to, sacase el asiento de la ciudad de la *isilla* y
le llevase hasta la *islaza*. En cuanto á lo de
pequeña, á fuer de adjetivo seguiría la ley de
su naturaleza y tendría que desaparecer al va-
riar la cualidad del sustantivo. Entónces po-
dría comenzar el tal soneto, con este otro verso.

Esta, señora, fué *pequeña isilla*.....

Es decir, que lo presente lo dejaríamos en
pretérito con solo caminar, ya que no á paso
de vapor, para no pedir gangas, por lo menos
á paso de *tram-via*.

Falta de bastimentos y dineros

En cuanto á los bastimentos, no tenemos
que esperar, á Dios gracias, como nuestros an-
tepasados, la llegada de alguna saetía, carabe-
lon ó patache que, de Ramos á Pascuas, venga á
surtirnos de lo mas necesario á la vida. Nues-
tros almacenes suelen estar repletos; y como
haya *dineros*, los *bastimentos* están allí diciendo:
"comedme", ó mejor dicho "pagadme", cosa
que á la verdad no siempre acontece, es decir,
lo segundo; con justa pena de los abastecedo-
res, á quienes lo primero tiene sin cuidado.
En punto á *dineros*, llorar y mas llorar; *pero*
la zarzuela está de bote en bote y las fiestas de
San Juan no dejarán de ver correr mas *dinero*
del que había en la época del soneto, cuando
solía recibirse con repiques y músicas el situa-
do de Nueva-España.

Andan los negros como en esa, en cueros

Afortunadamente desaparecieron aquellos
caleteros que, desnudos de medio cuerpo arriba,
solían, á cuatro ú ocho por *pipa*, conducir es-
tas en angarillas marchando á compás y con
su correspondiente *cantaleta* por las calles de la
poblacion; pero si los negros no andan ya co-
mo dice el soneto, aludiendo sin duda á lo que
acabo de mencionar, en cambio los negritos y
los no idem suelen darnos aún el espectáculo
callejero de los Adanes en miniatura.

Y hay mas gente en la cárcel de Sevilla

Parece que el autor del soneto no desco-
nocía aquel establecimiento penal. Hoy por
hoy la fecundidad ha hecho aquí prodigios, y
hay, con mucho, mas gente de la que habrá en
aquella cárcel.

*Aquí están los blasones de Castilla
en pocas casas, muchos caballeros
todos tratantes en jengibre y cueros
los Mendozas, Guzmanes y el Padilla.*

Desde luego han desaparecido con la reno-
vacion del caserío, los blasones de las fachadas.
Ahora no nos dá por ahí, sin que por eso nos fal-
ten idénticas pretensiones.

Por lo que respecta á lo de tratantes, pre-
ferimos en la actualidad el azúcar, el café y el
tabaco; y no falta quien diga que lo primero
va de baja, y despues de llamarnos rutinarios
en la fabricacion de aquel dulce, añada que

si de rieles y canales
que mojen nuestra flandria,
nuestra mente no se cura;
á todos nos hará iguales
una humilde sepultura.

Pero volvamos al soneto.

Hay agua en los aljibes, si ha llovido

Aquí queríamos venir á parar. En esto,
estamos aún en pleno siglo 17, es decir, en la
fecha del soneto.

Y si no ha llovido ¿qué habrá?

Fango y mosquitos.

Y algo mas: poco aseo.

Imposibilidad de industrias.

Y algo mas, enfermedades.

Hemosas damas faltas de donaire

En lo de hermosas, convenido. ¿Faltas
de donaire? Bien se comprende que el sonetis-
ta no conocía á algunas que yo me sé. Lo que
puedo decir es que de los solterones y solteri-
tos que arriban á esta *isilla*, no son pocos los
que tragan el suave y sabrosito anzuelo de las
que aquí han nacido. Vamos: el susodicho
autor no conoció á algunas suscriptoras de "La
Azucena."

Apropósito, nada nos dice de los periódicos
que se publicaran aquí entónces; pero si
llovía toda iba bien: había agua en los aljibes.
Lo mismo decimos hoy: los aljibes están secos;
pero si lloviera, todo iría bien.

La ambicion y la envidia aquí han nacido

Eso sería entónces, porque ahora... Nada,
pretéritos, cosas pretéritas.

Mucho calor y sombra de los cocos.

Mucho calor, si señor, mucho calor, so-
bre todo en verano y hasta en invierno

y los cocos volaron
y la sombra y corrales se llevaron.

Desde entónces hemos declarado á los
árboles, dañosos al ornato, á la salud y hasta
á nuestro entendimiento que no está por esas
simplezas; porque al fin un árbol ¿qué viene
á ser sino un palitro que con hojas verdes, que
dá sombra, contribuye á la lluvia, oxígena el
aire, y halaga la vista?

Qué disparate! agua caliente! no con los
que hay, esos dejémosles, siquiera porque son
muchos; pero sí contra los que se pongan,
porque serán pocos.

Y es lo mejor de todo un poco de aire.

Aquí concluye magistralmente el sonetis-

ta, y yo digo á mi vez: aire! Puede ser, podrá ser, segun y cómo.

Entónces era *lo mejor de todo*; hoy, no digo que no continúe siendo así, por temporadas, segun el viento que sople.

Adios, amables lectores míos. Salud y aguaceros.

Vuestro afectísimo,
El.

PLUTARCO.

Si algun género de literatura hay en que se deba indisputablemente conceder la palma á los antiguos, es la historia. La antigüedad tiene mil pintores que supieron hacerla amable; la historia moderna no conoce uno solo que acierte á hacerla interesante. Es ingrata la materia, suelen decir algunos, y con esta vana excusa quieren encubrir la falta de verdadero talento. Pues qué! el cuadro de una sociedad fundada en bases desconocidas para los siglos pasados, las instituciones que cambiaron las costumbres, las artes que variaron los usos, tantos imperios nuevos, la raza de hombres salidos del Occidente, y la renovacion del mundo todo; ofrecen por ventura asunto menos grandioso para una composicion, ó interés menos profundo que las primeras convulsiones del género humano y la formacion de los primeros estados? No; sino que las cosas grandes pueden rebajarse, así como las pequeñas engrandecerse, segun el modo con que se expresan. Los antiguos eran amigos de la sencillez, de la naturalidad de los pensamientos sublimes, así como nosotros lo somos de frívolos adornos; trabajaban con talento, y nosotros únicamente con ingenio; nosotros narramos, y ellos pintan; no decian que tal personaje era un ambicioso ó un hombre honrado, sino que le hacian obrar como tal; en una palabra, ponian el alma de manifiesto, y con este arte, ó por mejor decir, con esta encantadora naturalidad, hicieron resucitar á sus grandes hombres, comunicándoles una vida que se ha perpetuado hasta nosotros y se perpetuará en las generaciones venideras.

Esto es lo que debemos imitar, si queremos que los tiempos que han de sucedernos conserven algun recuerdo de los nuestros. El padre deseoso de que sus hijos hereden, cuando menos, nuestra dolorosa experiencia, debe anhelar tambien que nazca entre nosotros un pintor de costumbres tan expresivo como Tácito, ó un juez de los crímenes y las virtudes tan imparcial como Plutarco. Ningun historiador debe cansarse de estudiar á estos grandes modelos, aprendiendo en ellos á evitar los defectos de los modernos, la sátira y la lisonja,

que son los dos escollos de la historia, sino que, como ellos, debe atreverse á sublimar cuanto la fortuna degrade, y á degradar cuanto ella sublime; porque la historia es la voz de las naciones y la conciencia del género humano que se dirige á la posteridad: *vocem populi romani et conscientiam generis humani*.

Leccion es, y muy elocuente, la que ofrece el frontispicio de una obra en que se ve á Plutarco sentado sobre las ruinas de los imperios, escribiendo lo que le dicta Minerva, al paso que la Justicia y la Verdad están pesando varias coronas que va él á distribuir. ¡A cuántas reflexiones no dá motivo esta imagen, y cuán bien manifiesta el silencio que se ve obligado á guardar el poder ante los juicios del porvenir! En aquel historiador cree uno ver al historiador de nuestros errores; cree uno oír á aquel intérprete de la verdad referir los desastres del siglo último á las generaciones que le escuchan temblando. La historia, experiencia de todos los siglos, es para los pueblos lo que la experiencia de la vida para cada hombre en particular; y así como vemos nosotros pasar de mano en mano entre los hombres los objetos de los placeres y de la ambicion, del mismo modo observamos como pasa de unos en otros en las naciones el imperio del mundo eternamente disputado. Pero; cuántas veces tiene un hombre que ver burladas sus esperanzas, y cuántas pasa del crimen al arrepentimiento para acabar de conocer que la virtud es preferible á todo! Así tambien, ¡cuántos imperios no es menester que perezcan para que se convenzan los pueblos y los reyes de que la ambicion no produce mas que desastres, y de que nada hay estable mas que la justicia! El número de estados destruidos desde el primer reino de Asiria hasta nuestros dias forma otras tantas lecciones de que debemos aprovecharnos; y así no nos admiremos de que el mundo se conduzca hoy como en los dias de su infancia, dado que tan pasajera es su experiencia. Pero de esto mismo deduzca el historiador cuanta es la dignidad de sus funciones, y sepa que al hablar de nuestros yerros ó desgracias, añade una leccion mas á la de los siglos, y que todo trono que cae á tierra es un argumento mas en favor de la virtud.

Esta instruccion nos ofrece Plutarco á cada paso, y en toda su obra se manifiesta el hombre íntegro y honrado. Dá menos importancia al estilo que á las cosas y mas al sano razonamiento que á las gracias, prefiriendo escribir docta y grávemente en su lengua á mostrarse agradable y fácil. En lo que más sobresale es en pintar por medio de los hechos. Véase á Filopemen echado en la bóveda del tesoro: apenas se presenta el esclavo con el veneno, se incorpora para tomarlo, lo bebe con

ánzia, se recuesta de nuevo y muere. Así concluye el último griego, y con él la libertad. ¡Qué silencio tan terrible!

Censúrase en Plutarco el detenerse mucho en referir los cuentos á que el pueblo suele dar tanto crédito, y que es conveniente se propaguen entre él; pero es digno de observarse que, aunque en su tiempo todavía estaban muy admitidos, su buen criterio le indujo muchas veces á sacar la verdad de entre la hojarasca de la fábula: como se ve en la del *Minotauro* donde viene á decir que el supuesto monstruo era un oficial de Minos llamado Tauró, el cual, añade, era un hombre siniestro, poco agraciado por la naturaleza, y que trataba tiránicamente á los hijos de Atenas, y esto bastó para que dijese que se los comía. Alguno hallará que prodiga á veces una erudición estéril en pormenores que ninguna importancia tienen para merecer que se discutan. Nadie tiene curiosidad de saber á punto fijo si es verdad que Ariana se ahorcó á sí propia, ó si murió de resultas de un parto: y porque Sila acabase de resultas de la enfermedad pedicular, no es una razon para hacer la enumeracion de cuantos han muerto del propio mal desde el filósofo Feneide hasta el esclavo Enno. Del mismo modo es un exceso de memoria, que nadie puede mirar con interés, el referir de veinte modos distintos un hecho sin consecuencia alguna, sobre todo, cuando la mayor parte de las relaciones han sido inventadas por los poetas.

Cargo mas grave cuya justicia debe reconocer nuestra filosofia humillada, es el que le han hecho algunos, extrañando que un hombre de juicio tan recto como él, alabase tanto la constitucion de Licurgo, y bien hubiera podido tener algo mas de deferencia á la opinion de Platon que culpa á aquel legislador por no haber sabido hacer mas que soldados. Pero la imaginacion se deja seducir por un brillo falso de grandeza; y no faltan filósofos que entusiasmados con lo que llamaban *santa policía de Lacedemonia*, han inspirado hasta en nuestros dias una admiracion insensata hácia aquel legislador. En una época en que no hay error que no quedase confundido por la experiencia, hemos visto á algunos filósofos tratar de someter un grande imperio á las escasas miras de Licurgo, no reconocer mas mérito que el de las armas, ni mas derecho que el de la fuerza, y querer reducirnos á todos á la salsa negra de los espartanos, que ni áun á ellos les parecía gustosa.

Plutarco es del escaso número de escritores que no son autores; es un amigo que habla familiarmente con el lector sin pretensiones, sin gravedad y sin artificio: su conversacion prueba la necesidad que tiene un alma de comunicarse, y no las combinaciones de un espíritu ambicioso que quiere deslumbrar y exci-

tar á cada paso la admiracion. Plutarco es sobre todo un filósofo, siendo este su principal carácter; pone la filosofia en accion en sus historias, y en discursos en sus obras morales; y por esta razon se dá la preferencia á sus *vidas de hombres ilustres*, porque sus ejemplos valen mas que los preceptos.

Al decir que Plutarco es filósofo, no debe entenderse que sea un sofista desabrido, orgulloso, dominante, dogmático, declamador, entusiasta, lleno de palabrería y de ideas insignificantes, erguido siempre delante de los demas, y oliendo á charlatan desde una legua: este retrato no se parece en nada al de un filósofo, ni es posible concebir qué estravío de principios ha podido contribuir en nuestros dias á dar este nombre á aquellos cuyos escritos y conducta eran en todo diametralmente opuestos á la filosofia: Plutarco es amable, sencillo y natural; su estilo participa siempre del colorido de sus pensamientos; se eleva ó declina á medida que su asunto; y á nadie con mas justicia puede aplicarse lo que Fenelon dice de Demóstenes: "se sirve de la palabra para hacerse oír como un hombre modesto de su vestido para cubrirse." Sin pretender que su opinion sea una ley, examina las de los demas, compara las causas, sabe dudar, y se manifiesta siempre tan prudente y justo, que lo que seduce en él no es tanto la fuerza de sus argumentos como el afecto y confianza que inspira; discurre siempre tan racionalmente, que se inclina uno á darle la razon, áun cuando no la tenga, y nadie puede incomodarse con él, porque le hace á uno variar de objetos incesantemente. Unas veces narra con suma sencillez, otras es risueño y florido, otras afectuosos y patético, muchas imponente y sublime; aquí sentencioso y grave; allí candoroso y honrado; va cogiendo cuantas flores se le presentan en el camino; se para á referir una anécdota, á citar una expresion ingeniosa, ó recordar un hecho histórico; se complace en copiar los pasajes de los autores que tienen alguna relacion con el objeto de que trata, se entretiene en curiosas digresiones: es finalmente, un rio tranquilo y manso que va serpenteando por un país delicioso. Profundamente versado en el conocimiento del corazon humano, admira poco, satiriza rara vez, no se apasiona casi nunca, y ve las cosas como son en sí. Su grande experiencia en hombres y en sucesos le preservaba de todo juicio aventurado, de todo entusiasmo pueril y de toda idea novelesca. Sóbrio en la alabanza como en el vituperio, juzga á los hombres segun sus acciones y segun las circunstancias de los tiempos y lugares. Enérgico como Salustio, sin afectar una concision seca y dura; profundo y delicado como Tácito, aunque con mas franqueza y claridad; fluido y agradable como Tito Livio, aunque con me-

nos flores y ornato, sabe emplear á tiempo las cualidades de aquellos grandes historiadores, y tiene además una que le pertenece en propiedad y que muy pocos han poseído: la preciosa ingenuidad, la inagotable variedad, el admirable talento de acomodarse á todos los tonos, de pasar del grave al ligero y del festivo al severo sin violencia alguna y con suma gracia; el de ser el escritor de todos los tiempos y todas las edades; el de instruir á los ignorantes, agradar á los sábios, complacer á la juventud, hacer las delicias de la ancianidad, y disfrazar los oráculos de la mas profunda sabiduría con el velo de la ingenuidad. En él principalmente es donde se ve á los grandes hombres despojados de aquella pompa y brillo que comunican las dignidades y los aplausos; y á veces unos cuantos rasgos de su vida privada dan á conocer mejor su carácter que los papeles brillantes que han desempeñado en el teatro del mundo.

Plutarco nació en Cheronea, pueblecillo de la Beocia, país que no tenía reputación de ser muy fecundo en grandes talentos. Las arenas del Atica producían artistas distinguidos en todo género; los pastos succulentos de la Beocia, no engendraban mas que ingenios rudos é incultos. Cuando Horacio quiere decirnos que Alejandro el grande era un juez de muy poca autoridad en literatura, dice:

Bæotum in crasso jurares aere notum.

Se hubiera jurado que había nacido en el aire pesado de la Beocia; pero Píndaro, Epaminondas y Plutarco forman una excepción de la triste ley que condena á los Beocios á la estupidez. Aquel villorrio, uno de los mas oscuros de la Grecia, se hizo funestamente célebre con la famosa batalla de Cheronea, donde Filipo aherrojó con sus armas la libertad de la primera nación del universo, y posteriormente Plutarco la elevó con la gloria inmortal de sus escritos á mayor altura que todas las demas ciudades. Cuando vió la luz del sol el filósofo de Cheronea, no existían ya en aquel hermoso país de Grecia, ni discordias, ni facciones, ni guerras civiles, sino que sometido, como lo restante del mundo, á los emperadores romanos, libre de cuidados políticos aquella patria de la ciencia y de las artes, no pensaba mas que en placeres, en juegos, en espectáculos y en estudios filosóficos. Ya no resonaba en la tribuna de los oradores la elocuencia de los Pericles y de los Demóstenes, pero se reunía el pueblo en las plazas públicas, para oír esmeradas frases, antítesis cadenciosas y armónicas fruslerías; había retóricos ambulantes que recorrian las poblaciones, y cuando llegaban á una, se tenía por un acontecimiento tan notable como cuando un actor célebre de una capital se presenta

en una ciudad de provincia. Reuníanse en el circo ó en una plaza pública, y allí el sofista extranjero desplegaba á su placer su ostentosa elocuencia. Tales eran las inocentes distracciones de aquellos pueblos, que en los brillantes días de su prosperidad, y en las épocas famosas que celebraba la historia, pasaban los años acuchillándose. Verdad es que ya entonces no tenían Sófocles, ni Menandros, ni Platones; pero tampoco tenían traiciones que temer, ni sediciones que reprimir, ni enemigos con quienes pelear; los gobernadores romanos, que casi todos eran hombres intruidos, respetaban en la Grecia la cuna de las artes, y no imponían leyes á aquella nación privilegiada mas que para hacerla dichosa y preservarla de sus propios furores. Los tiranos que oprimían frecuentemente al senado, no hacían extensiva su crueldad á la Grecia, y la muerte de los principales personajes de Roma era para los griegos ociosos y amigos de novedades una noticia de un país extranjero. Los reinados de Vespasiano, Tito, Trajano, Adriano y los Antoninos, son la época de mayor felicidad para el género humano, reunido casi todo bajo el cetro de un Emperador virtuoso y sabio, y Atenas, aunque decayda de su antiguo esplendor, era siempre la primera escuela de todos los pueblos cultos. Plutarco estudió en ella la literatura y la filosofía; emprendió varios viajes para perfeccionar sus conocimientos; fué diputado en Roma por su pequeña patria; pasó varios años en aquella capital del mundo; dió allí grandes lecciones de virtud y ciencia; adquirió asunto para sus obras, y no falta quien asegure que Trajano honró su mérito con el título de cónsul, opinión poco verosímil, pero que por lo menos atestigua la grande estimación que inspiraba su carácter. De vuelta á su patria terminó pacíficamente su carrera ocupado en escribir buenas obras y hacer buenas acciones, que son siempre las mejores, aun de los escritores mas distinguidos. No despreció los destinos insignificantes que le confió su oscura república, sino que los desempeñó como si hubieran sido el consulado y la pretura, y quizá no hubiera cambiado su plaza de comisario de policía de Cheronea por la dignidad de emperador romano. Se ignora la fecha precisa de su nacimiento y muerte; pero sus vidas de hombres ilustres son conocidas en toda la extensión del imperio de las letras, y forman las delicias de los sábios y de los hombres de mundo.

R. de E. E.

Establecimiento Tipográfico de Gonzalez.